

Del amor y sus formas

MUJERES

Una mujer le dice al oído a otra:
no cabe duda de que la palabra *clítoris*
ha sido creada por Afrodita
porque es un vocablo dulce, húmedo
y esdrújulo.

“Un día estaba una joven bella,
desnuda, dormida en un jardín.
Afrodita la escudriñaba y decía:
Éste es el cuello;
aunado con los hombros,
es uno de los momentos más inspirados
que ha tenido naturaleza.
Los hombros son dos pomas
que se redondean en el ramaje
de la clavícula

**e incitan a las ajenas manos,
ebrias de deseo,
a subir y bajar escaleras invisibles;
y si la boca se les acerca,
puede succionar
la incomparable esencia del sabor femenino
o lamer la delicia de la curvatura”.**

**¿Y los senos?, pregunta la doncella.
La mujer,
perita en audacias, infracciones
y redondeces,
responde:
ve los míos, tócalos suavemente,
sin miedo,
de preferencia, con los ojos cerrados.
Están hechos de leche maciza,
coagulada en el preciso punto
para que el paladar de las yemas
se encarame al cielo.
En la entrepierna brota
del avispero de milagros
del cuerpo femenino**

una voz dulcísima, cantarina.

**Las dos mujeres, tomadas de la cintura,
encuentran un rincón del bosque
donde pueden intercambiar
regalos de suspiros
y besarse.**

Suele decirse

**que los besos carecen de sabor,
pero ellas descubren que hay ósculos
que saben a buenos días,
a no te distraigas,
a insatisfacción momentánea,
a salida de túnel.**

**Los besos no sólo se empeñan
en pescar al aire besos,
sino que lanzan señales
a los puntos libidinosos reprimidos
para que abandonen su fingida indiferencia.
Cuando, en el arduo laberinto
de la carne apasionada,
los sexos femeninos se encuentran,
producen un corto circuito**

**donde el placer acuna
un efímero niño luminoso
por las dos engendrado.**

**La libido está perfectamente distribuida
de la cabeza a los pies:
no hay un solo lugar en el cuerpo
donde la castidad cante victoria.
El cuello, la espalda, las orejas,
acariciados con maestría,
son capaces de excitarse
y hacer que una frenética corriente
ensalive las palabras
con que el clítoris da su bienvenida.**

**Pero la excitación, como todo deseo,
si no se satisface,
si no se revuelca y ayunta con el orgasmo,
se convierte en el dolor que existe
cuando un frenesí da con la frente
en la pared.**

En el abrazo se encuentran

dos espejos.

**La mujer besa en la otra
su propio beso reflejado.**

**Las dos se dan cita
en la cara oculta de la luna.**

**Al hacer el amor,
y lo hacen con paciencia de orfebre,
no se ven sorprendidas
por los gruñidos del falo
ni extasiadas
por las delicias de lo diverso.**

**Cuando Safo se refocilaba con Anactoria,
restregaba los pechos con los pechos.
Cada quien se masturbaba con su amante.
Era el placer de la simetría,
y la satisfacción que alcanzaban
-divorciada de toda pretensión
reproductiva-
era un clímax indescriptible:
un orgasmo de género.**

HOMBRES

**La ortodoxia sexual,
o el lugar común bajo sábanas,
no interesa a los hombres
que adivinan en el otro
las delicias de lo prohibido.**

**Los dos van a recogerse en el lecho
atraídos por el principio de identidad
o del hallazgo del doble
en los breviaros confidenciales
de la excitación.**

**La boca de uno
arranca besos al otro,
los dos se acarician con desesperación,
como si se les fuera a escapar el tren
de ese instante.**

**A diferencia de las mujeres,
pueden penetrarse,**

**unir sus cuerpos,
amalgamarlos.
El semen que derraman
en la infértil cavidad,
la hacen el cementerio
de incorpóreas criaturas.**

**Pacto de iguales,
el amor de los Encolapios y Asciltos
habidos en el mundo,
espiga todos los secretos de placer
que se esconden
en la topografía del lecho.**

**Hombres y mujeres
no pueden ni quieren salir del laberinto
de la igualdad.
El principio del placer
hinca aquí su dominio
y toca a revuelo sus campanas
llamando a misa.
Pero estas parejas
procreadoras de orgasmos ,**

**que no hijos,
develan que el amor
existe con independencia
de la continuidad de la especie.
En medio del diálogo de manos,
piernas, cuerpos,
el placer busca una boca cualquiera
para decir
la última palabra.**

HOMBRES Y MUJERES

**Se saben diferentes.
Y esta extranjería,
lo más deleitable del mundo,
los invita a la cama.
Primero al beso,
a la redoma donde se mezclan dos sabores
en agridulce excitación.
El frenesí les golpea las ansias
de manera disímil:
en él, el miembro
abandona su blandura
y se encarama a la exaltada forma
que busca dónde realizar su esencia.
En ella, los pezones, el cuello, la cadera,
y algunos escondrijos
donde no es raro que se esconda el deseo,
se aprietan y cambian de color,
mientras en la entrepierna un lubricante
muestra elocuente su hospitalidad.**

**El tumulto de caricias
culmina cuando el hombre lanza**

**ráfaga de espermatozoides
que luchan a codazos para que alguno
(más que con baladas, con astucia)
seduzca al óvulo
y lo fecunde.**

**Los amantes de siempre,
que se empeñan en la procreación,
quieren poner su gotita de semen
en la continuidad de la especie.
Aquí amor y placer,
si existen,
son irrelevantes:
algo así como un delicioso instructivo
para perpetuar la especie.**

**Pero cuando la mujer y el hombre
comparten el lecho, las yemas dactilares
y el sabor de la lengua,
sin la intención de que la cama dé a luz,
como un infante brotado de sus entrañas,
una cuna,
cuando lo hacen así
y le dan rienda suelta al deseo
para lograr correrse**

**por el prodigioso lomerío del orgasmo;
el goce se convierte en el coreógrafo
de cuerpos que se mueven
al excitado ritmo del metrónomo.**

**Ambos, de repente, pierden la noción de sí.
Se extravían en la cama.**

**No saben por dónde andan sus manos,
ni qué se hicieron sus cuellos,
ni en qué excitante alpinismo
se entramaron sus piernas.**

**Sienten que sus huellas digitales
ruedan espolvoreadas
a lo largo y a lo ancho de la concupiscencia
y se esconden en hoyos previsibles
y embrujados.**

**Al coito de sus hálitos,
en voluptuoso unísono,
los hombres y mujeres,
aunque hablan distinto idioma,
saben del santo y seña para entrar
al jardín de las delicias.**

LA FÓRMULA ALGEBRAICA

**La acrobacia placentera
de los entes,
que se hallan a un mar sudoroso
del buen puerto,
puede realizar,
con los abrazos
nacidos en el mismo polo
de la contradicción,
un verdadero camposanto
de infanticidios.**

**No sólo el hombre
que pone a los pies
de los óvulos femeninos
el impaciente cortejo de su semen,
sino también la pareja de varones
o la de mujeres
dan a luz el amor,
lo conciben
con el triángulo amoroso**

de la cama.

Hay quien piensa

-y eso se ha pensado por siglos-

que el sexo por el sexo

no es sino la astucia del demonio

para que la humanidad decrezca,

inicie una cuenta regresiva

hacia la nada.

Que el placer inaugura las obras maestras

de la esterilidad.

Que la sodomía y el lesbianismo

son un canto a dos voces,

canon que no busca tejer su descendencia

sino entregarse a las delicias

tan sólo del tejer.

Con perdón del incienso,

del púlpito inundado de prejuicios,

del deber procreativo,

la excitación, regalo de la naturaleza,

de virtudes embriagantes,

emana como lo hace

el perfume de las flores.

**Independientemente del origen,
las edades, los sexos o las ansias
de continuidad,
el amor se nos mete hasta los tuétanos,
halla en nuestras entrañas acomodo
y nos hace felices o infelices
de acuerdo con la fórmula algebraica
conocida tan sólo por los dioses.**